



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Anguiano, Arturo

La Sexta Declaración, la irrupción de La Otra Campaña y el miedo de la clase política

Bajo el Volcán, vol. 6, núm. 10, 2006, pp. 23-30

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28661003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA SEXTA DECLARACIÓN,
LA IRRUPCIÓN DE *LA OTRA CAMPAÑA*
Y EL MIEDO DE LA CLASE POLÍTICA

Arturo Anguiano

La Sexta Declaración de la Selva Lacandona, las seis reuniones preparatorias y la asamblea nacional plenaria que el EZLN llevó a cabo en agosto y septiembre pasados para preparar y organizar lo que denominó *la otra campaña*, motivaron de entrada una importante reacción en la prensa por parte de periodistas, articulistas, intelectuales y miembros o voceros de las distintas fracciones de la clase política mexicana. Teniendo como trasfondo el estruendo de la crítica efectuada por el Subcomandante Insurgente Marcos en “La (imposible) ¿geometría? del poder en México”,¹ publicado un poco antes, se magnificaron las declaraciones en torno a Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y el PRD vertidas en la primera sesión preparatoria realizada con las organizaciones políticas de izquierda en el poblado de San Rafael, soslayándose la importancia de los planteamientos respecto a la propuesta de *La Otra Campaña*.² Pero la nueva irrupción del EZLN se percibió como una amenaza no sólo entre los círculos vinculados al PRD —donde se habló de una agresión a este partido— sino entre el conjunto de la clase política en la medida que se planteó como el inicio de un proceso de movilización de largo aliento que muchos vieron contrapuesto a la campaña electoral en curso. De nuevo, el EZLN apareció como intruso que viene a perturbar los procesos y los tiempos políticos oficiales que se desarrollan como un gran espectáculo mediático.

En una atmósfera política saturada por los escándalos y las mutuas descalificaciones de las elites, donde prevalece la muy opaca intoxicación mercadotécnica, sin programas ni propuestas de fondo, el EZLN

resume en la Sexta Declaración de la Selva Lacandona la trayectoria de su lucha, su modo de ver el mundo y el país, convocando a la sociedad, a los trabajadores del campo y la ciudad, a los otros que son diferentes, oprimidos, a la reflexión, a intervenir directamente en los asuntos que les competen a todos a fin de preparar una alternativa anticapitalista al orden conservador prevaleciente y dar curso a otra forma de poner en práctica, de concebir, de vivir la política. Ante un país que arriba se quiere pasivo, desmovilizado o puesto en acción sólo circunstancialmente en situaciones extremas, como en el caso del fallido desafuero del entonces jefe de gobierno del Distrito Federal (AMLO), los zapatistas convocan a organizar la resistencia, a encontrar las vías de continuidad y confluencia de movilizaciones autónomas dispersas por doquier que bien podrían devenir caudaloso torrente.

Al planear participar con otras muchas organizaciones políticas y sociales, colectivos, núcleos, medios de comunicación alternativos e individuos en actividades de vinculación, de intercambio de experiencias y reorganización, el EZLN abre la posibilidad de un reagrupamiento político-social que se realizaría bajo principios y normas muy distintos a los que rigen en el ámbito de la política oficial, es decir, estatal. En un medio político en que nadie se escucha ni pretende entender al otro sino solamente superar sus puntos en las encuestas y asegurar clientelas electorales que les permitan refrendar o ampliar sus espacios de poder, el EZLN propone recorrer el país para escuchar a la gente muy diversa que lo habita, para oír historias de resistencia; oír, conocer quejas y reivindicaciones, asimilar experiencias de lucha, de organización, de gestión, de autogobierno; escuchar la voz de quienes no tienen voz porque les han confiscado los medios de expresión, sus identidades, su memoria o porque han sobrevivido en el abandono y la marginación, tras fronteras y cercos que los segregan y los aíslan. Contribuir así a rehacer la trama de lo colectivo desgarrado por el neoliberalismo y la política estatal, apostar a la comunidad como el espacio de la política de abajo.

Escuchar cuando no se acostumbra oír, escuchar para construir desde abajo y por abajo y entre muchos muy distintos una alternativa de participación política, de vida, de país, cimentada en la igualdad y la

solidaridad, sin duda aparece a contracorriente como una intención perturbadora, subversiva. Más todavía cuando *la otra campaña* se propone en la práctica como un proceso de recomposición duradera de la izquierda y del movimiento social. Buena parte de éstos ha sufrido crisis y derivas, subsumidos o eclipsados durante varios años por el PRD que se pretendió una alternativa política al régimen priísta antidemocrático y al neoliberalismo, que sin embargo fracasó y terminó por asimilarse a ellos. Los zapatistas ubican el fracaso y la derrota del PRD –y de hecho el punto de degradación en picada e insalvable de la clase política toda– en abril de 2001, cuando los tres poderes estatales (Ejecutivo, Legislativo, Judicial) renegaron de los Acuerdos de San Andrés sobre derechos y cultura indígenas, acordando una reforma postiza a la Constitución.

El PRD y los sectores o intelectuales vinculados a él fueron precisamente quienes más se escandalizaron y más duramente se expresaron en contra de la *Sexta y la otra campaña*. Sin duda, porque se dañaba la credibilidad de su candidato presidencial, aparentemente indestructible e incuestionable y se ponía en evidencia la fragilidad de un proyecto político partidario que se transfiguró al ritmo de su descomposición política. La defensa del PRD y del candidato López Obrador como de izquierda (lo que para esto nada, por cierto, ha hecho este último, quien, para variar, se definió de centro), en realidad se ha realizado en el terreno de la mistificación pues se dejan de lado las propuestas efectivas de ambos y sobre todo sus experiencias de gobierno que difícilmente pueden señalar rasgos o acciones que las hagan diferentes a las llevadas a cabo por los otros partidos electorales. Ni se transformaron las condiciones de la participación ciudadana ni se superaron las prácticas y estructuras corporativas y clientelares ni tampoco se implementaron políticas económico-sociales que apuntaran a combatir la explotación, el desempleo, la desigualdad. Por todas partes, el PRD y sus dirigentes o gobernantes se esfuerzan por administrar, de la mejor manera y en los mejores términos para los de arriba, una economía y un régimen capitalistas que consideran una fatalidad insalvable (nacional, mundial). En estas condiciones, si se quiere sostener como de izquierda al PRD y a sus candidatos en distintos cargos, sólo será posible si hablamos de una *izquierda de arriba*, como la

denominó el Subcomandante Marcos,³ esto es, estatal, incorporada de manera clara a la defensa y reproducción del orden conservador prevaleciente. Eso, evidentemente, resulta una mistificación, un engaño, pues se trata de una izquierda que ya no es lo que fue, que se ha ido transfigurando: primero al trocar las posiciones programáticas y políticas socialistas por la ideología nacionalista revolucionaria de Cuauhtémoc Cárdenas; en segundo lugar, al devenir (como el PRI) un partido sin militantes, de mafias organizadas clientelaramente en torno a intereses personales y, por último, al volverse en refugio de los despojos del priísmo, convertidos invariablemente en candidatos, gobernantes, representantes institucionales y dirigentes partidarios. Así que la izquierda de arriba, representada básicamente por el PRD, no es sino una izquierda que pasó de la crisis de identidad a la desnaturalización y descomposición; una izquierda que nunca fue lo que pretendió, que abandonó sus referentes programáticos, que cortó sus raíces sociales, que asimiló a parte de la clase política y asumió (se trasmutó con) sus ropajes, prácticas e intereses.

Entregada a la lucha por el poder sin alternativa de poder, esto es a la gestión del orden realmente existente sin propuestas de cambios de fondo, la izquierda de arriba no tiene nada que ofrecer a la sociedad fuera de matices intrascendentes (“limar las aristas del neoliberalismo”, un “neoliberalismo con tintes sociales”). Como se ha demostrado en todas las campañas, principalmente desde 1994, el PRD y sus candidatos –como todos los demás y sus partidos– se mimetizan, las opciones confluyen, se vuelven borrosas, sin perfiles y solamente quedan las personalidades y su manejo mediático. La política se ha vuelto política estatal en la medida en que es la misma siempre, determinada por los poderosos intereses de los de arriba, las grandes tendencias de la mundialización y las políticas neoliberales que no pierden hegemonía a pesar de su crisis patente. Y no es que no se pueda cuestionar o revertir esa política estatal, sino que la izquierda de arriba, junto con toda la clase política, ya optó por esa vía y no puede reorientarse más que a riesgo de quebrar con su naturaleza que la liga al orden realmente existente. Esa clase política se ha vuelto *autista* en la medida en que solamente ve a la sociedad como espectador, como clientela, como consumidor. Mientras

más se asuman las distintas capas de la sociedad en tanto consumidores pasivos en un mercado controlado por unos cuantos oligopolios político-mercantiles que se reservan el derecho de admitir nuevos competidores, más se garantiza la reproducción de un orden que redistribuye periódicamente los distintos roles y cargos. Para nada cuenta que las votaciones efectivas para los cargos de representación institucional sean cada vez menores, que la abstención en las urnas siempre creciente sea síntoma de la pérdida de legitimidad de la política estatal, pues el reinado del *marketing* político y la *telepolítica* no parece tener fecha de caducidad. La política estatal, en realidad, no promueve ni garantiza la participación de los ciudadanos que en México sigue siendo trunca, ya que sus derechos son limitados y bajo sospecha. En cambio, individualiza, fragmenta, desgarrar y desprecia lo social, la comunidad; aísla, corrompe, inmoviliza y termina por decepcionar, paralizar duraderamente.

Ese proceso de transmutación y degradación políticas en México se ha producido a la vista de todo mundo, la clase política se ha convertido en un concepto de uso común cuyas características, sus patrones de conducta, su parafernalia e intereses son identificados universalmente. Corporativismo, clientelismo, corrupción son rasgos del régimen político donde encuentra su fuerza y distinción la clase política toda. Todos los partidos electorales legalmente registrados se han convertido en parte del Estado, su función es reproducir el orden conservador realmente existente y sus funcionarios, sus representantes institucionales o partidarios –todos pagados con fondos públicos– forman la clase política encargada de asegurar el sometimiento de la sociedad a sus reglas y políticas, a la dominación del capital, de los de arriba.

Resulta extraño entonces que muchos intelectuales y comentaristas pretendidamente de izquierda avalen al PRD, y no vean más opción que apoyar a sus candidatos a la Presidencia de la República y a otros cargos, en aras supuestamente de contener a la derecha. Fueron quienes más lanzaron acusaciones (o le dieron “consejos”) al EZLN porque consideraban que sus planteamientos sobre la izquierda de arriba hacía el juego a los peores enemigos de la sociedad. Incluso llamaron a una suerte de frente amplio de los de abajo y sus organizaciones autónomas

con el PRD y en especial con AMLO que no deja de presentarse como fiel servidor del orden de arriba. Izquierda y derecha, Fox, Madrazo, Elba Esther Gordillo, Calderón y López Obrador seguramente son distintos y tendrán cada uno un estilo personal de gobernar. Pero las políticas que pongan en práctica serán semejantes, como lo han sido desde hace tiempo, largamente. Votar, apoyar al menos malo no siempre es una política inteligente ni adecuada. Las desilusiones y consecuencias siempre son muy duras y duraderas. El dilema de quienes no ven más política que la política estatal es falso y prefigura solamente pérdida de autonomía, enajenaciones, desencanto, retroceso, un desastre tras otro.

No es que simplemente se condene toda política estatal en cualquier circunstancia. En efecto, pueden existir momentos, coyunturas en determinados países donde la opción sea apoyar el mal menor. Pero siempre asegurando la autonomía de los oprimidos y explotados, así como la construcción de alternativas de fondo y a largo plazo. En 1988 la elección presidencial fue una verdadera insurrección ciudadana contra el autoritarismo priísta, mientras en el año 2000 el voto útil a favor de Fox fue el preámbulo del desastre actual. Pero en México, hoy, en vísperas de las elecciones presidenciales de 2006, la propuesta de intervenir en política estatal optando por el mal menor –luego de más de quince años de descomposición de los actores institucionales y desarrollo de una política de exclusión y confiscación del espacio público de la sociedad– sólo puede prefigurar la reproducción de un orden antidemocrático, oligopólico y desigual. Para la izquierda de abajo y la sociedad las consecuencias pueden ser la postergación por mucho tiempo de la posibilidad de articular una alternativa anticapitalista duradera.

La izquierda de abajo necesita romper la lógica arrolladora del orden neoliberal. No puede reproducir las mismas lógicas y prácticas de la izquierda de arriba, sino que debe ser necesariamente crítica, rebelde, subversiva. Precisamente la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y la iniciativa de la otra campaña se dirigen a impulsar un proceso de reconstrucción de la izquierda de abajo, pero igualmente del movimiento social, a través de la reconstitución y extensión de los vínculos de solidaridad, de reproducción de relaciones igualitarias y coordinación y articu-

lación de las resistencias y demás experiencias de lucha, autoorganización y autogobierno.

La izquierda de abajo no puede desarrollarse en la inmediatez y parcelación individualista que impone la política estatal (que está en la naturaleza de la izquierda de arriba) y que condenan a la enajenación, la supeditación, la degradación y la parálisis. Requiere recuperar la estrategia como visión política cotidiana engarzada con la historia y el futuro. Por esto la propuesta del EZLN se planea para tres, cuatro, diez años, por lo menos. Esto es, por más que arranque en periodo electoral y como contrapunto de la campaña electoral en curso desde hace tanto tiempo, la otra campaña se desborda hacia delante bajo otros ritmos y tiempos del todo diferentes. Por eso comienza reagrupando, reconstituyendo los vínculos de solidaridad de las organizaciones de todo tipo e individuos que se ubican como parte de una izquierda rebelde, dirigiéndose a recorrer el país para preguntar o solamente escuchar, compartir, asimilar experiencias, ideas, anhelos, perspectivas. La izquierda de abajo no es autista, su razón de ser, su naturaleza están en sus articulaciones sociales, en sus raíces profundas en la sociedad, en la historia, en las culturas. De México, sí, de sus múltiples pueblos, pero asimismo de los pueblos todos del mundo, del planeta.

Se entiende entonces que la clase política toda –particularmente la “izquierda” perredista y sus sostenedores oficiales y oficiosos– se haya escandalizado de la nueva irrupción del EZLN en la vida política mexicana. Sienten amenazado el espacio de por sí precario de la política oficial, se preocupan porque la gente pueda escaparse de sus redes clientelares, de la pesadilla de una política personalista basada en lealtades personales convenencieras y hacerle el vacío a sus espectáculos mediáticos y sobre todo temen que llegaran a sumarse a la desconfianza y al hartazgo que pudieran dejar vacías las urnas. Peor todavía, temen que *la otra campaña* y la búsqueda de espacios y prácticas diferentes de la política puedan desembocar efectivamente en nuevos espacios de participación-movilización que alienten la resistencia al orden conservador y a todos sus actores. La otra política, que sería precisamente la política de la sociedad, la política del oprimido, una política entendida como resistencia de los de abajo,

aparece de esta forma como una amenaza para la hegemonía de la política estatal, es decir, neoliberal. Pero también la otra política –con sólo avanzar, abrir los espacios comunitarios y colectivos de la toma de decisiones al margen de lo estatal– sería claramente una política de subversión de las reglas, de los presupuestos y fines del orden conservador. Pero lo que más aterra a la clase política es que pudiera lograrse la construcción de una verdadera alternativa política nacional de los de abajo, esto es, una suerte de movimiento o frente realmente masivo que articule a numerosas organizaciones, colectivos, comunidades, individuos de las identidades más diversas, esto es, los otros, los diferentes excluidos, segregados, sitiados desde siempre por el orden neoliberal y sus actores institucionales. Un frente, un movimiento de liberación que de entrada regresara la política a la sociedad, a la comunidad, al ámbito de lo colectivo no mercantilizado.

La Otra Campaña, la posibilidad de crear las condiciones para otra política, a fin de cuentas, podría ser el camino para un cambio decisivo en la relación de fuerzas entre los de arriba y su clase política, por un lado, y las grandes capas sociales explotadas, oprimidas, excluidas, perseguidas. Una visión estratégica se dirige siempre a subvertir la relación de fuerzas, a retomar la iniciativa política dentro de una perspectiva de resistencia, de liberación, de lucha por la democracia, la libertad, la justicia y la igualdad que son los verdaderos corrosivos del orden capitalista. O sea, a la construcción de un nuevo orden igualitario, autogestionario, sostenido en una democracia de a veras, radical, desde abajo, por la sociedad, el cual no se concibe sólo en la perspectiva, como un horizonte, sino como un proceso que se va realizando desde ahora, en rupturas y con quiebres, pero con continuidades decisivas.

NOTAS

¹ *Rebeldía*, Separata, México, número 32, junio 2005.

² Ver, en especial, las “Palabras de apertura del EZLN”, *Rebeldía*, México, núm. 34, agosto 2005, pp.4-10

³ “Abajo a la izquierda”, *Rebeldía*, México, núm. 29, marzo 2005, p. 8.